

legislador, un conquistador, porque su reposo y magestad, alejaban toda semejanza con esas profesiones, que empalidecen y arrugan las facciones; diría, ¡es un rey!... pero un rey que no ha experimentado todavía las inquietudes y el cansancio del trono, es un rey que se dispone á reinar, y que ve por el lado mas lisongero, el trono, el porvenir y los hombres. Tal era el rey en Hartwell, la víspera del día en que la Providencia iba á buscarle al destierro para ceñirle la corona.

LIBRO ONCE.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situación en la corte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viajes por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblenza.—Su situación respectiva en la emigración.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile Dieu.—Su regreso á Londres.—Carta de Charette.—Tentativa de los emigrados de Londres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Dolor del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte en el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El principe de Condé.—El duque de Borbon.—El duque de Engbrien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le manda espíar.—Rapto del duque de Engbrien.—Le conducen á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es conducido á París y encerrado en Vincennes.

I.

El conde de Artois era mas jóven que su hermano Luis XVIII, pero aunque hubiera vivido un siglo, su talento habria sido mas jóven todavía. Aquel principe tenia una de esas naturalezas que no maduran jamás, porque solo tienen las cualidades y defectos de la primera edad. En su adolescencia el conde de Artois habia sido el ídolo de su familia, de la corte, y de París. Su belleza, sus

gracias, la indiferencia de su carácter, la frivolidad de su talento, que correspondía más á la medianía de los que le rodeaban; un corazón franco y bondadoso, una liberalidad pródiga, un carácter leal, una fidelidad de palabra cabaleresca, la pasión á las mugeres, vicio tolerable y que con frecuencia honra á los héroes, la apariencia más que la realidad de las inclinaciones militares, sus agudezas, y la futilidad que sus aduladores llamaban genio francés, habían grangeado mucho partido á aquel joven príncipe en la aristocracia. Trataron de que formase contraste con su hermano el conde de Provenza. Cuanto más favorable se mostraba éste á las reformas del reino y á las intenciones populares de Luis XVI, más se declaraba el conde de Artois adversario desdenoso de las concesiones, y el conservador obstinado de los vicios y vetusteces del gobierno. Aparentaba no ver en la revolución que iba tomando incremento, más que una de esas emociones pasajeras de la plebe, con las que se debe combatir y no discutir. Ninguna de las ideas que se generalizaban había penetrado en su alma. Aquellas ideas suponían en efecto inteligencia, y él no reflexionaba jamás.

II.

Echado á perder por la corte, adulado por un pequeño círculo de joven aristocracia, tan fútil é irreflexiva como él, presentado al ejército y á la nobleza como el príncipe que los reuniría bajo la bandera de la monarquía absoluta, y que bien pronto desgarraría con la punta de su espada todas las ilusiones liberales de la nación, y las concesiones del trono, aquel príncipe no veía la revolución. Continuaba cazando, representando, amando, y criticando á la corte, se alimentaba con el viento de la opinión contra-revolucionaria, é incitaba á Luis XVI á que

diese los golpes de fuerza ó de audacia que sus consejeros le inspiraban.

La revolución, que había medido desde lejos la impotencia de aquel aturdimiento en un príncipe joven, le perdonaba por desprecio sus antipatías contra ella: no le temía bastante para aborrecerle. Le olvidaba ó le confundía en segunda línea. Mirabeau, el duque de Orleans, Barnave, el partido constitucional, y el partido jacobino, estaban convencidos de que en aquel príncipe no había recursos ni peligro serio para la revolución. Le perdonaban por indiferencia. La reina y su corte íntima, los Polignac, los Rezenval, Lamballe, Vandreuil, Coigni, Adhemar y Fersen, fomentaban en secreto el heroísmo de ideas del conde de Artois y de la juventud que le rodeaba. El rey le quería pero no le consultaba. El conde de Provenza se compadecía de su jactancia. Unos y otros deseaban que se alejase de la corte para que se llevase la impopularidad que atraía sobre el rey su hermano. El partido decidido contra las innovaciones lo deseaba más vivamente para hacer de aquel joven príncipe el embajador de la monarquía absoluta y de la aristocracia francesa en Europa, para agrupar en derredor suyo á los emigrados en las fronteras, y para colocarle, como él mismo se colocaba de antemano cual héroe libertador del trono, en el lugar del vengador de la osadía de la nación,

III.

El sentimiento de antipatía que le profesaba el pueblo de París, las primeras conmociones populares, la sesión del juego de pelota, la toma de la Bastilla, el ministerio de Mr. Necker impuesto á la corona, la prevision de los ultrajes y de los peligros de la corte, no tardaron en de-

cidirle á adoptar el partido desesperado de la emigracion y de la guerra á su pais. Huyó de Versalles á fines de 1789, fué á Bruselas, luego á Turin á casa de la familia de su esposa, solicitó socorros y subsidios de la córte de Cerdeña, agrupó algunos cuantos nobles descontentos en derredor suyo en Chambery, en la última frontera, esparció algunos agentes y provocaciones en Lyon y en el Mediodía, salió mal en todas partes, volvió á pasar los Alpes, tuvo conferencias en Mantua con el emperador de Austria, para inclinarle á una liga de reyes contra su pais, no obtuvo mas que promesas, y despues de largas dilaciones, marchó, por fin, á Petersburgo al lado de Catalina II. Aquella princesa, que habia vislumbrado de una mirada el alcance de los principios revolucionarios sobre los pueblos, buscaba un héroe que oponer á los tribunales. Lo que habian dicho del conde de Artois, de su intrepidez, de su impaciencia por los combates, habia hecho esperar á la emperatriz que el conde de Artois seria el Macabeo de los tronos. Le recibió como al futuro libertador de la monarquía en el Occidente, le dió subsidios, le animó y le preparó contingentes de tropas para la coalicion, en que procuraba hacer entrar á la Prusia y al Austria. Le regaló con solemnidad una espada guarnecida de diamantes, y le dirigió palabras que realzaban el precio de aquel don, y le daban la significacion de una declaracion de guerra á la Francia. No tardó en reconocer que el joven principe no tenia mas que el corazon y el esterior de un héroe, y que su inteligencia, evaporada por la vida de la córte, y enervada por las adulaciones de sus palaciegos, se consumiria en movimientos sin objeto, y en jactancias estériles para la causa comun. Catalina, despues de haberle visto, no esperó ya nada de él.

IV.

El conde de Artois recorrió de ese modo todas las cortes de Europa, dejando en ellas la impresion de su gracia, de su lijereza, de su lealtad, y tambien de su insuficiencia. Se replegó á las orillas del Rhin y fué el héroe de Coblenza. La emigracion aumentada por el terror á cada nuevo acceso de la revolucion, y convertida bien pronto en moda entre la nobleza, en la córte y en el ejército, se agrupó en derredor suyo, con todos sus temores, sus amenazas y sus locuras. Era el principe que convenia á sus ilusiones: reinaba en ella por derecho de ceguedad y de imprevision: gozaba la popularidad que da la mancomunidad de causa y de vértigo. Rodeábase allí de todas las impopularidades y doctrinas, que el sentimiento de su incompatibilidad con la nacion obligaba á abandonar la patria. Era la corte de la vejez y de la juventud. Los emigrados viejos hablaban, escribian é intrigaban por él, y los jóvenes le ofrecian con la mayor abnegacion sus brazos y sus vidas. Aquella pequeña Francia fugitiva en el extranjero, se creia bastante fuerte para luchar cuerpo á cuerpo con la revolucion, y para someter la Francia á aquel nuevo Coriolano.

V.

Las intrigas y amenazas del conde de Artois comprometian á Luis XVI con su pueblo y agravaban inmensamente sus embarazos y sus peligros en París. El joven principe escitaba á todas las potencias del Norte y del imperio Germánico á la guerra, mientras el rey, rehen de la Francia en las Tullerías, negociaba la paz. Aquel

desgraciado monarca no desconocía que la guerra exigida con hábil obstinacion por los jacobinos y girondinos, daría un acceso mas decisivo á la revolucion aletargada, y que los primeros reveses de la Francia serian el texto de todas las acusaciones y de todos los ultrages contra su familia y contra él. Solo Robespierre, mas político entonces que los jacobinos, y mas honrado que los girondinos, resistía el impulso universal hácia la guerra, y parecia secundar al rey en su deseo de conservar la paz. Y era porque Robespierre tenia una teoria, y los jacobinos y girondinos no tenian mas que intereses y ambiciones. El obstinado tribuno, que mas tarde debia hacer uso de la hacha, temia á la espada. Conocía con la exactitud del instinto, que si la guerra era desgraciada, aniquilaría la revolucion, y que si era feliz, no tardaria en volver al ejército contra la Asamblea nacional, crearia las popularidades militares las mas peligrosas de todas para una democracia, y haría que las armas dominasen las ideas. Pero el rey y Robespierre no podian por sí solos contener al conde de Artois; los emigrados, los jacobinos y los girondinos que creian tener un interés en la guerra, sacrificaban al rey. Por último estalló.

VI.

El conde de Artois, se la dejó hacer al príncipe de Condé, al duque de Borbon, y al jóven duque de Engbhen que habia nacido soldado. Se habia reunido en Coblenza con el duque de Provenza, de mas edad, mas sério, y mas reflexivo que él. Estos dos príncipes, que recelaban uno de otro, y que no querian perder el prestigio con sus partidarios, se dividieron en partes casi iguales las pretensiones y la autoridad, que en nombre de Luis XVI se abrogaban en el extranjero. Ambos t.

vieron su córte, su política algunas veces comun, pero con mas frecuencia separada, y sus agentes y sus intrigas en Francia y en todas las córtes. Desde aquella época en que la Restauracion no era mas que un sueño lejano, los publicistas, los palaciegos, y los enviados del conde de Artois, se distinguian de los del conde de Provenza, por un desacuerdo de tiempo mas incurable, y de odio irreconciliable, contra los principios populares, y contra las concesiones hechas á la revolucion.

VII.

La guerra fué blanda. Despues de la tentativa de invasion de la Prusia en Francia, la retirada del duque de Brunswick, las victorias de Dumouriez, el 10 de agosto, y la prision y muerte de Luis XVI, el conde de Artois quedó abandonado en el continente. No queriendo permanecer subordinado á su hermano, continuó viajando por Europa, y por último, se retiró á Inglaterra con el vano título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dió para satisfacer su ambicion, y su necesidad de aparente actividad en los negocios. Desde allí, rodeado de los mismos amigos que tan mal le habian aconsejado en su juventud, no cesó de urdir tramas de restauracion realista en la Vendée, en Bretaña, y en Normandía. Pero sus cortesanos nunca le permitieron que desembarcase él mismo. Testigo de las insurrecciones, de los sacrificios y los prodigios de Charette, la Rochejaquelein, Lescure y sus intrépidos y obstinados soldados, se limitó á enviarlos de cuando en cuando armas, subsidios, proclamas y emisarios. Un Enrique IV, ó un Gustavo Wasa francés, podia entonces haber dado tal unidad, tal impulso y tal entusiasmo á la guerra contra la Convencion gastada y cansada, que si no hubiese

vencido la restauracion, la monarquía habria al menos sucumbido con gloria.

VIII.

Por último, el gobierno inglés, odiosamente calumniado por la emigracion en los socorros que la prodigaba sin tasa, consintió en llevar al conde de Artois á las costas de Francia con una escuadra, y con fuerzas regulares dignas de un pretendiente. El valor y el talento del general Hoche, desconcertaron é impidieron el desembarco de la vanguardia en Quiberon. El conde de Artois, invocado por los ejércitos realistas de Bretaña, despues de pasar muchas semanas á vista de la costa ó de la ile Dieu, pareció temer al suelo que le llamaba. Se dejó conducir á Lóndres por el almirante inglés, con una fingida apariencia de violencia hecha á su valor, sin haber puesto el pie en el territorio francés, que hacia tantos años estaba amenazando con su presencia. Los emigrados á su regreso, prorumpieron en invectivas contra el gobierno inglés, á quienes acusaban de haberles querido entregar á los republicanos. La ingratitud oscureció durante algun tiempo la verdad, mas apareció por fin: el príncipe habia carecido de prudencia al solicitar una expedicion de desembarco, ó de resolucion no desembarcando para reunirse con Charette y los ejércitos vendeanos. Charette indignado no pudo contener su cólera: escribió que sabia morir por los que no sabian combatir.

Hé aqui la carta en que hizo avergonzar á los tímidos consejeros del conde de Artois por su abandono: en la guerra civil, la cobardía es un crimen mas.

«Señor: la cobardía de vuestro hermano todo lo ha perdido. No podia presentarse en la costa mas que para

perderlo ó salvarlo todo. Su regreso á Inglaterra ha decidido nuestra suerte. Dentro de poco no podré hacer mas que morir inútilmente por vuestro servicio.

«Soy con el mas profundo respeto de vuestra magestad etc.»

IX.

Otras tentativas igualmente infructuosas se hicieron por aquella pequeña corte despues de la caída del Directorio y del advenimiento de Bonaparte al poder. Aquellas tentativas en que tomaron parte Georges y sus amigos, Pichegrú y los suyos, y que costaron la libertad á los jóvenes Polignac, no tenían mas que el carácter aislado y desesperado de los golpes de mano. El honor y la compasion del conde de Artois, alejan de él hasta la sombra de complicidad en la composicion de la máquina infernal, y en el rapto á mano armada del primer cónsul que Georges premeditaba en París. Pero si los que rodeaban al conde de Artois no tenían ningun contacto con asesinos, le tenían con los intrépidos aventureros de restauracion, que no habiendo podido conquistar la Francia, trataban de sorprenderla.

X.

Cansado el príncipe de esperanzas defraudadas en la tierra, hacia ya algun tiempo que se habia refugiado en esperanzas celestiales. Una pérdida cruel y vivamente sentida, le separó de repente del mundo. El motivo, la energía y la perseverancia de su mudanza de vida, descubrieron en él un poder de amar, y una constancia de resolucion, que nadie sospechaba en la molicie é incon-

sistencia de sus costumbres: probó que si hubiera sido mejor inspirado por los que le rodeaban, habría podido mostrar el heroísmo de la política, como mostraba el del amor y de la piedad.

El jóven príncipe se había inclinado en la sociedad de la reina, á una cuñada de la condesa Julia de Polignac, favorita de aquella princesa. La jóven, de una hermosura que rivalizaba con la de la condesa de Polignac, estaba casada con el conde de Polastron. Los amores del conde de Artois y de la condesa comenzados en las fiestas de Trianon habían continuado en el país extranjero. El conde de Artois, estasiado con la ternura y las gracias de aquella muger completa, había renunciado por atractivo y por fidelidad á todas las pasiones lijeras que su hermosura personal hiciera concebir en su adolescencia. No vivía mas que para madama de Polastron. Era para él la ternura viva y el recuerdo adorado de la juventud, de la córte y de la patria. Una enfermedad de languidez agravada por el clima brumoso de la Inglaterra, atacó á madama de Polastron. Vió acercarse lentamente la muerte en toda la frescura de sus gracias, y en medio de las delicias de una pasión correspondida. La religion la consoló como había consolado á la Valliere: quiso hacer partícipe de aquellos consuelos é inmortalidad á su amante. Se convirtió á la voz de aquel mismo amor que con tanta frecuencia y tan deliciosamente le había apartado de pensamientos graves. Uno de sus capellanes, que despues fué el cardenal de Latil, recibió en la misma habitacion de la hermosura arrepentida, las confesiones y remordimientos de los dos amantes. «Juradme, decía madama de Polastron al jóven príncipe, que yo seré vuestra última falta y vuestro último amor sobre la tierra, y que despues de mí, no amareis mas que al único objeto de que no puedo tener celos, Dios.» El príncipe lo juró con el corazon y con los labios. Madama de Polastron consolada, llevó con su último abrazo su corazon al cielo. El conde

de Artois, de rodillas al pie de la cama de su querida, repitió aquel juramento á su sombra, y le guardó toda su larga vida hasta el sepulcro, aunque era jóven, hermoso, príncipe y rey todavía querido. Desde aquel día, fué otro hombre.

XI.

Pero aquella probidad de corazon que encontró en amor, y la piedad que sacó de la muerte, no hicieron mas que cambiar la naturaleza de sus debilidades. Sus nuevas virtudes hicieron desde aquel día para él, el efecto de sus antiguas faltas. Estrecharon su inteligencia sin elevar su valor. Le entregaron enteramente á influencias eclesiásticas, que explotaron piadosamente su conciencia como otros habían explotado sus lijerezas. Su política no fué mas que una ciega adhesion á la restauracion temporal de la iglesia, á cuyos ojos no era menos culpable la revolucion, que á los del trono y de la aristocracia: quiso rescatar las incredulidades de su juventud, por los servicios á la fé de su edad madura. Dedicó de corazon su reinado futuro á aquel pensamiento. Conservó á su lado como consejeros prácticos á los obispos emigrados de su córte, que habían sido testigos de su dolor, y habían bendecido su despedida de la muger que amaba. Mr. de Latil y Mr. de Couzée, el uno futuro cardenal, y el otro ya obispo de Amiens, el abate de Bouvans y otros miembros del clero refugiados en Lóndres, influyeron cada vez mas en política. Su intimidación recordaba la córte desterrada y devota de Jacobo II en San German. El trono y el altar fueron las dos únicas palabras de órden de sus consejos y sus agentes. Creyó que la proteccion divina, la sinceridad de su fe y la santidad de sus designios, aseguraban su causa, le dispensaban de toda sabiduria humana, y haría triunfar por medio de milagros, la política del rey confundida con

la de Dios. Los pensamientos mundanos y la política terrestre de su hermano Luis XVIII, le parecían casi una concesión á la impiedad del tiempo, y una aceptación funesta de las doctrinas filosóficas y revolucionarias del siglo XVIII. Vivió en Lóndres en una esfera aparte de amistad, prácticas piadosas y de oposición anticipada al reinado. Espiaba con la vista el momento en que el imperio se hundiría completamente, para entrar el primero en Francia por la brecha de los ejércitos estrangeros, para adelantarse á su hermano, para justificar su reputación de príncipe militar y emprendedor, y para tomar con el nombre de lugarteniente general del reino, una iniciativa, un papel y un partido, que le asegurasen una grande influencia en la restauración. El carácter circunspecto y solemne de su hermano, las enfermedades que le condenaban á la inacción, el título de rey que le prohibía aventurarse en los campamentos, dejaban al conde de Artois y á sus hijos aquella delantera que querían tomar á la corte de Hartwell. Su juventud, su noble y elevada estatura, su fisonomía régia que recordaba á Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, su hermosa mirada, su acento marcial y franco, y su gracia para montar á caballo, le hacían eminentemente propio para grangearse las miradas del pueblo, y para ser el programa viviente de una restauración.

XII.

Este príncipe tenía dos hijos, el duque de Angulema y el de Berry. El duque de Angulema era uno de esos hombres de talento mediano, de corazón excelente, modesto en sus pretensiones, valiente de sangre fría, y en quien jamás se hubieran notado más que virtudes, si no hubiese sido puesto en escena por su nacimiento en papeles demasiado elevados para sus cualidades oscuras.

Jamás había tenido juventud. Llamado de los campamentos de la emigración por su tío Luis XVIII para casarse con la hija de Luis XVI, había vivido casi siempre á la vista del conde de Provenza, y bajo el imperio de su muger, más inteligente y dominante que él. Desde muy luego había aceptado aquellas dos superioridades: subordinado de corazón á la sabiduría magistral del rey y á la ferviente piedad de su muger, pensaba como el uno y obraba como la otra. No era propia por su naturaleza más que para el papel de discípulo obediente de un maestro que admiraba, y de esposo fiel de una muger que había sido su primero y único amor. Luis XVIII se complacía en formarle para el trono que debía ocupar algún día. Era el Telémaco dado por el destierro á aquel sabio, y del cual quería modelar un rey: pero la naturaleza no se prestaba á ello: no había puesto en el duque de Angulema, más que la materia de un hombre honrado. Hasta su exterior desmentía desgraciadamente su papel de príncipe hereditario, destinado á fascinar las esperanzas del pueblo en derredor del trono de un anciano. Hijo de una princesa de la casa de Saboya, llevaba en sus facciones y en su traje, yo no sé qué sello de esas naturalezas inteligentes que se encuentran en los elevados valles de aquellos Alpes. Aquella marca no era de ningún modo la expresión de su talento que por el contrario era sano, reflexivo y estudioso: era la desgracia de su fisonomía. Sus ojos se cerraban al mirar como si temiesen la luz. Su sonrisa era convulsiva y en contradicción con sus pensamientos: su cabeza se movía como si estuviese mal unida al cuerpo, y cuando andaba lo hacía como un pato, fijando la vista en la punta de los pies. Balbuceaba cuando hablaba, y todo le intimidaba menos la espada, porque era soldado de nacimiento. Amaba los campamentos, pero estos no podían quererle sino á fuerza de conocerle y apreciarle. Vivía en Hartwell, dócil á su muger y al rey: sus opiniones eran constitucionales.

XIII.

El duque de Berry tenia el carácter, la naturaleza y los gustos mas opuestos. Era turbulento y brusco como un príncipe abandonado á su exuberancia y á sus estravíos: poseia la vivacidad y las cualidades de la juventud, aumentadas por la independencia precoz y por la adulación de los cortesanos de su padre. Siendo casi niño, se habia señalado en el ejército de los príncipes por un valor temerario y arrebatado que le habia hecho amar de la juventud noble emigrada. La ociosidad le habia llevado á Lóndres, y allí vivia en los placeres, y con los amores de su raza y de su edad. No tenia la reflexion del duque de Angulema, las doctrinas políticas de su tío, ni la devocion de su padre. Rodeado de amigos y de queridas, recordaba la juventud de Carlos II, mezclando la frivolidad y los placeres con las aventuras del destierro: pero no tenia las gracias seductoras de aquel príncipe. De corta estatura, grueso de cuerpo, ancho de espaldas como Duguesclin, corto de cuello, cabeza gruesa, facciones comunes, y movimientos sin gracia, sus rasgados y espresivos ojos azules recordaba la raza de los Borbones, y su sonrisa su bondad. Se le creia dotado de un talento inculto, pero con ocurrencias felices que son los destellos del alma. Su generosidad compensaba sus arrebatos y sus rudezas: ofendia, pero reparaba pronto las ofensas. Habia nacido soldado, le gustaba manejar las armas, los caballos y las tropas, pero no sabia seducirlas. Su mano era en todo como su espíritu, demasiado brusca y áspera, pero su valor era impetuoso. Habia nacido para derramar su sangre por un trono y por una patria en otro sitio que en el pórtico de un teatro, y á impulsos del puñal de un asesino.

XIV.

La duquesa de Angulema era el lazo que unia á la córte del conde de Artois, y á la severa de Hartwell. Era hija de Luis XVI, la huérfana abandonada en los calabozos del Temple, despues del asesinato de toda su familia, y de la larga agonía de su hermano el rey niño y martirizado Luis XVII. Ni en la antigüedad ni en los modernos tiempos, ha habido destino trágico comparable á la vida de aquella princesa. La he seguido, en la *Historia de los Girondinos*, desde su cuna en Versalles hasta el suplicio de su tía, madama Isabel, á quien su madre Maria Antonieta la habia encomendado al salir de su prision para subir al cadalso. Me remonto á este momento para seguirla rápidamente hasta la época en que iba á acercarse al trono. La compasion de la Francia y de la Europa, no la habia perdido de vista desde que se alejó. Las desgracias, los calabozos, el luto, los suplicios, las lágrimas de aquella jóven que pagaba por su raza males de que estaba pura, víctima de una revolucion que devoraba á su padre, su madre, su tía, su hermano, y que la dejaba sola en las bóvedas de una cárcel llena de sus sombras, entraban por mucho en los recuerdos y en el interés que atraian la imaginación de la Francia hácia los Borbones ausentes. Parecíales á los corazones generosos que pesaba con su nombre un remordimiento sobre la patria, y que el pueblo francés la debia una secreta espacion. Cuando la naturaleza ultrajada habla tan alto en las almas de los hombres, de las mugeres, de las madres, de las hijas, y de las generaciones jóvenes, la naturaleza ocupa su lugar en la política. La duquesa de Angulema era el sentimiento en la causa de la restauracion.

Al día siguiente en que su tía madama Isabel, joven hermana de Luis XVI subió al cadalso á los veinte y nueve años de su edad, en medio de las muestras de respeto de sus cuarenta compañeras de suplicio que la besaban la mano antes de entregar su cuello al verdugo, la joven princesa que tenia menos de quince años, preguntaba por su tía y por su madre á todos los carceleros, sin sospechar que las hubiese separado la muerte. Las creía en otra prision ó detenidas por el interrogatorio de un tribunal: esperaba ver abrir la puerta del Temple, y que volviesen á su soledad y su ternura. Los carceleros no fueron bastante crueles para desengañarla. Solo prolongándose el tiempo y la ausencia la hicieron perder sus ilusiones. Pidió que la enviasen los vestidos y la ropa blanca que las dos víctimas se habian dejado en los armarios de su habitacion. Los carceleros se turbaron y comenzó á sospechar que su madre y su tía ya no necesitaban ropas en la tierra. Prorumpió en llanto sin desesperar sin embargo de su regreso. Aquella esperanza fué amortiguándose todos los días y todos los meses, y la contristada fisonomía de los carceleros, acabó de completar la revolucion.

Su madre y su tía al salir de la prision, la dijeron: Si no volvemos pide al ayuntamiento de París una muger para que te asista en el calabozo, para que no te quedes sola con los hombres. Las obedeció por deferencia, sin esperanza de que la dureza de sus guardadores accediese á su pretension. La contestaron en efecto que no necesitaba ninguna muger para adornarse entre aquellas paredes. Finjieron temer que el aislamiento y la desesperacion la condujesen al suicidio, que su tierna piedad miraba como el mayor de los crímenes. La qui-

taron los cuchillitos que servian entonces para limpiar el polvo de la frente de las señoras, las tijeras, las agujas de hacer media, y hasta los mas inocentes utensilios de hierro y de acero necesarios para las labores mugeriles, con los que por lo menos hubiera podido entretener la ociosidad de su soledad, ó componer sus destrozados vestidos: la recogieron hasta un eslabon con el que podia encender luz para pasar las noches y el insomnio: hasta la luz pareció un alivio del cielo demasiado indulgente para la joven cautiva. La prohibieron encender la estufa con que calentaba su encierro.

XVI.

No tenia mas consuelo que el sueño, la vista del cielo á través de las rejas, y algunas visitas al Delfin su hermano, preso en un cuarto inmediato, y ya muy decaido por la enfermedad y la ferocidad de sus guardas. Los que la llevaban y volvian eran algunas veces clementes y tiernos, pero con mas frecuencia beodos y brutales. La vista y la conversacion de su hermano no hacian mas que aumentar su consternacion.

Aquel niño de once años, que al entrar en la prision era hermoso como su madre, habia enflaquecido y marchitádose prematuramente, desde que habia pasado del regazo de María Antonieta y de las rodillas de Luis XVI á manos de unos fanáticos pagados para matar en él á lo que llamaban el cachorro del trono. Habíanle enseñado las canciones obscenas y los ultrages populares contra su propia familia, y obligado á que su inocente mano firmase contra su madre una deposicion incestuosa cuya impia significacion no comprendia, y le habian embrutecido para quitarle su candor infantil y su inteligencia.

«Aquel pobre niño, escribia su hermana, estaba acur-

rucado en su infecta habitacion entre inmundicias y harapos: no barrian mas que de mes á mes. El niño que habia ido perdiendo sus sentidos, tenia horror á aquel sitio, y vivia como un ser inmundo en un albañal. Solo entraban allí cuando le llevaban la comida, que se componia de pan, lentejas, y un pedazo de cecina en una cazuela de barro, sin vino ni fruta. Despues de la muerte de Robespierre se dulcificaron un poco aquellas brutalidades, pero sin embargo, todavía eran insoportables.»

XVII.

«Le encontramos, dice Harmand, representante del Mosa, en un cuartito pequeño sin mas mueble que una estufilla de porcelana que comunica con la pieza inmediata. En aquel cuarto tenia la cama. El príncipe estaba sentado á una mesita cuadrada, sobre la que habia esparcidos varios naipes, unos doblados en formas de cajitas, y otros en la de castillos: cuando entramos estaba ocupado con sus cartas. No suspendió su juego: el traje que vestia era como el de los marineros, de paño de color de pizarra, y en la cabeza no tenia nada: á los pies de la cama habia un gergon, que servia de lecho á un zapatero de viejo llamado Simon, que la municipalidad de París habia colocado al lado del niño, antes de la muerte de Robespierre. Bien sabido es, que ese tal Simon, se burlaba cruelmente del sueño del preso: sin consideracion á una edad para la que el sueño es una necesidad tan imperiosa: durante la noche le llamaba varias veces.—Héme aqui, ciudadano, respondia el niño mojado de sudor ó transido de frio.—Acércate que te toque: replicaba Simon. Acercábase el pobre niño y el brutal carcelero le solia dar un puntillon que le hacia rodar por el suelo, diciéndole: vete á acostar, lobezno.... Me acer-

qué al príncipe. Nuestros movimientos no parecian hacer ninguna impresion en él. Le invitamos á que anduviese, hablase y se distrajese, y que contestase á un médico que la Convencion iba á enviarle. Escuchaba con indiferencia, parecia comprender, pero no respondia nada. Nos dijeron que desde el dia en que los comisarios del comun habian obtenido de su ignorancia infames deposiciones contra sus padres, en que habia comprendido las desgracias y los crímenes de que le habian hecho instrumento, habia tomado la resolucion de no proferir una palabra por temor de que no abusasen de él.... Tengo el honor de preguntaros señor, le replico Harmand, si deseais un perro, un caballo, pájaros ó uno ó muchos compañeros de vuestra edad que traeremos á vuestro lado. ¿Quereis bajar ahora al jardin ó subir á las torres?... Ni una palabra, ni una seña, ni un gesto, aunque tenia la cabeza vuelta hácia mí y me miraba fijamente. Aquella mirada, añade el comisario, tenia tal carácter de resignacion y de indiferencia, que parecia decirnos: despues de haberme hecho deponer contra mi madre venís sin duda á exigir que declare contra mi hermana. Me haceis morir: ya hace dos años se va estinguendo mi vida ¡qué me importan ahora vuestras caricias: acabad con vuestra victima!... nosotros le suplicamos se pusiese de pie: sus piernas eran largas y delgadas, los brazos lo mismo, el cuerpo corto, y el pecho hundido, los hombros altos y estrechos; solo la cabeza era hermosa en todo su conjunto, la piel blanca pero sin vigor, los cabellos largos, rubios y rizados. Andaba con mucha dificultad: despues de haber dado algunos pasos se sentó en su silla, apoyando los codos sobre la mesa. La comida que se le llevó en una escudilla de barro encarnado consistia en algunas lentejas, seis castañas asadas y un cubierto de estaño sin cuchillo y sin vino. Mandamos que le tratasen mejor é hicimos que le trajesen algunas frutas. Le preguntamos si le gustaban la fruta y las uvas, no contestó y lo comió

sin hablar. Cuando comió las uvas le preguntamos si quería mas; guardó el mismo silencio, preguntamos si aquel silencio tan obstinado, databa efectivamente del día en que le habian arrancado con violencia la monstruosa declaracion contra su madre, y nos aseguraron que desde aquel dia el niño habia cesado de hablar. El remordimiento habia precedido á la inteligencia.»

XVIII.

La jóven princesa, cuya prision estaba contigua á la de su hermano, le veia algunas veces, por condescendencia de sus carceleros. Le veia empeorarse y ella moria tambien con dos agonias. Bien pronto el niño caminó á la muerte, como una planta privada de aire y de sol.

«La Convencion, dice ella, al saber su próximo fin envió una diputacion para que hiciese constar su estado. Los comisarios se compadecieron y mandaron se le diese mejor tratamiento. Lorenzo, hombre de un carácter mas humano, que habia reemplazado al zapatero Simon, hizo bajar de mi cuarto una cama al tabuco ocupado por mi hermano. La suya estaba llena de insectos; bañaron al niño, le limpiaron la inmundicia de que estaba cubierto y le dejaron completamente solo. Lorenzo, preguntado por mí acerca de la suerte de mi madre y mi hermana, cuya muerte ignoraba, me respondió con aire de compasion y de misterio, que no podia darme ninguna noticia acerca de eso.

«Al dia siguiente, unos hombres con banda que vinieron á visitarme y á quienes hice la misma pregunta, me respondieron con el silencio, y añadieron que hacia mal en recordar la reunion con mis padres porque estaba bien allí.—¿No es horroroso, les dije, estar separada de mi madre y de mi tia ya hace un año, sin tener noti-

cias tuyas?—¿No estais enferma? dijeron aquellos hombres.—No, les contesté: ¿pero hay enfermedad peor que la del corazon?—Esperad, me dijeron al retirarse, en la justicia y en la bondad del pueblo francés —¿Era aquello compasion ó ironia?

XIX.

Asi trascurrian los dias, los meses y los años, para la cautiva del Temple, que solo tenia diez y seis. A principios de noviembre, la Convencion mas clemente, envió un hombre de corazon sensible á Lorenzo para cuidar al niño. Aquel hombre llamado Gonin, tuvo un cuidado paternal. Permittióse por fin al niño tener luz por la noche en su prision, y Gonin pasaba con él las horas para distraerle. Le hizo bajar algunas veces á un salon del piso bajo de la torre, cuyas ventanas sin claraboya, dejaban penetrar el sol y ver las hojas, y luego al jardin para que pasease, pero el golpe de la muerte ya estaba dado. Gonin podia dilatar la muerte, pero no reanimar la vida en aquella víctima de cuatro años de soledad y de abandono. El invierno trascurrió de un modo bastante uniforme. Permittieron á la princesa que encendiese luz á discrecion en la prision y la llevaron los libros que habia pedido, para que conversase al menos con los hombres y con Dios. La negaron únicamente contestar á las preguntas acerca de sus padres.

A principios de la primavera, la autorizaron para que subiese de cuando en cuando á la plataforma de su torre desde donde podia ver el horizonte de Paris y los campos inmediatos con entera libertad. ¿Que pensamientos la ocurrian al ver los tejados del Louvre, de las Tullerías, de las catedrales y de los palacios de sus padres! La estenuacion de su desgraciado hermano iba

agravándose: ya no era permitido á la jóven princesa verle ni cuidarle: solo sabia por los carceleros la languidez y el progreso de la enfermedad de aquel pobre niño, de quien no la separaba mas que un techo.

XX.

Espiró por fin sin agonía, pero sin haber proferido una palabra, en 9 de junio de 1793, al medio dia. Los médicos que le asistieron en sus últimos momentos, no le habian visto jamás antes de la hora suprema. En sus certificaciones á la Convencion no pudieron decir mas que una cosa y fué que les habian presentado un niño enfermo, con el nombre de hijo de Luis XVI, cuyo niño habian visto morir. No parece que la jóven princesa fuese admitida á ver á su hermano en los últimos meses de su existencia, ni durante la enfermedad, ni despues de muerto. De aqui, suposiciones y conjeturas que no han sido justificadas ni desmentidas, acerca de la sustitucion de un niño mudo y enfermo por otro en la torre del Temple; sobre la evasion del verdadero hijo de Luis XVI, y sobre la existencia de un rey legítimo pero desconocido, que durante largo tiempo preocupó las imaginaciones amigas de maravillas. Aunque estas suposiciones fuesen inverosímiles, no eran sin embargo, imposibles para desanimar las credulidades ó las ficciones. Podia admitirse que convencionales poderosos, creyendo adquirir algun dia un título para el reconocimiento de los tronos como partidarios adictos á la familia real, encubiertos con el uniforme de los guardas del Temple, hubiesen llegado á reemplazar en el calabozo un niño con otro y encerrar su piadosa sustitucion en el secreto del féretro.

Pero que aquel niño así libertado de las cadenas, en una edad en que los recuerdos son ya inveterados en el

corazon, no recordase jamás las circunstancias de sus primeros años y de su evasion; que los agentes de aquella sustitucion de persona no hubieran reivindicado jamás el mérito de su abnegacion; que la jóven princesa á quien al encontrarla su hermano habria dado mil testimonios irrecusables de su identidad por sus facciones, por su memoria, por las confianzas de una vida de once años confundida con la de su hermana, no hayan hablado nunca, serian milagros de silencio, de discrecion, de imposibilidad moral mas asombrosa que el mismo prodigio de la evasion. El silencio de tantos agentes de aquella libertad, y el silencio del mismo niño libertado, desmienten semejante suposicion. Para admitirla seria necesario admitir otras inverosimilitudes, mas improbables que la misma libertad. Seria necesario que los instrumentos de aquella sustitucion hubiesen muerto todos antes que sonase para ellos la hora de revelarla. Seria preciso que al morir no hubiesen confiado su precioso secreto á ningun individuo de su familia ni á ningun amigo. Seria indispensable que el niño libertado hubiese muerto antes de haber proferido una sola palabra acerca de su existencia anterior. Se necesitaria que las personas á quienes fué entregado aquel niño, bien en Francia ó en el extranjero, no hubieran hablado de aquel misterioso depósito. Todo esto es posible, sin duda alguna; pero de una imposibilidad tan estremada y tan contra la naturaleza, que la existencia de Luis XVII puede servir de pábulo á la imaginacion y de testo para sueños, pero jamás para las sérias investigaciones de la historia. Es uno de esos enigmas que los hombres forjan eternamente y que no pueden ser resueltos mas que por la probabilidad ó por Dios.

XXI.

La princesa bendijo aquella muerte al llorarla: Dios libraba por fin á su hermano y su rey de su largo suplicio. Ella concluyó en silencio el suyo. Desde el día en que la Convencion no temió ya á ningun pretendiente en el Temple, permitió á la compasion pública que se aproximase á ella. Nueve dias despues de la muerte de Luis XVII, la ciudad de Orleans salvada en otro tiempo por una jóven heroica se atrevió á interceder por la inocente hija de Luis XVI. Aquella ciudad envió diputados á la Convencion para reclamar la libertad de la jóven princesa y su traslacion al seno de su familia. «Porque ¿quien de nosotros, dijeron los diputados de la ciudad de Orleans querria condenarla á habitar en unos sitios humeantes todavía con la sangre de su familia?» Nantes imitó aquel ejemplo. Charette habia pedido tambien en nombre de la Vendée como condicion de la pacificacion de aquellas provincias, que la hija de Luis XVI fuese entregada á sus parientes. El Comité de seguridad general, compuesto desde la caida de Robespierre de hombres saciados ó indignados de proscripciones, permitió á los guardas del Temple que la dejasen bajar por la primera vez al jardin. Paseábase allí seguida del único compañero de sus cuatro años de soledad, el perro de su padre Luis XVI que aquel príncipe dejó confiado á su cuidado al marchar al cadalso. Varias señoras de la antigua córte adictas á la princesa antes de su infortunio, y que habian podido escapar del patíbulo y de los calabozos de la revolucion, madama de Chautereine, madama de Mackan, madama de Tourzel, y su hija la señorita Paulina Tourzel, compañera de los primeros juegos de la princesa, obtuvieron permiso para visitarla. El infortunio habia añadido en aquellas tiernas almas de muger el

respeto á la compasion. Los balcones de las casas contiguas al jardin de la prision, se llenaban como los primeros dias del cautiverio del rey de semblantes amigos, y desde allí llovian flores y versos sobre la jóven cautiva. Los folletos, los periódicos, hablaban de ella á la opinion pública, dulcificada ó arrepentida. «La hija de Luis XVI tiene por fin libertad, decian aquellos diarios, de pasearse por los jardines del Temple. Dos comisarios vigilan sus pasos. Se acercan á ella con consideracion y la tratan con el respeto que inspira el recuerdo de lo que fué y el triste espectáculo de lo que es en el día. Una cabra que se la permite mantener á su lado es el objeto de sus cuidados: el manso animal la sigue con fidelidad. Pero sobre todo un perro es el inseparable compañero de la jóven princesa y parece que la tiene mucha inclinacion. Es el perro del rey, que ahora no tiene amo, pero que todavía le quiere en la persona de su hija.»

XXII.

Mr. Huc, antiguo servidor del rey, alquiló uno de los balcones que daban al jardin. Cantó como Blondel, servidor de otro rey cautivo, palabras consoladoras á la hija de su amo. Por medio de señales logró hacer llegar á sus manos una carta de su tío Luis XVIII. La princesa pudo contestar con connivencia de los comisarios que cerraban los ojos. Charette la trasmitió por aquel medio los votos y la adhesion de su ejército. Todo anunciaba el fin de su cautiverio. El 30 de julio, la Convencion despues de oir el dictámen de su Comité de salud pública y de seguridad general, decretó que la hija de Luis XVI, fuese cangeada al Austria por los representantes y ministros que Dumouriez habia entregado al príncipe de Coburgo en el acto de su defeccion: Drouet Semonville, Maret,